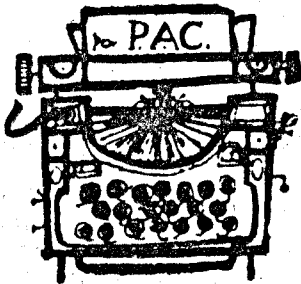


## UN PROBLEMA FUNDAMENTAL PARA LOS CRISTIANOS



Las congregaciones religiosas dedicadas a la educación se fundaron para dar enseñanza gratuita indistintamente a ricos y pobres. La mayor parte de ellas están obligadas por sus constituciones —y algunas por voto especial— a enseñar gratuitamente a los pobres (“ad pauperum eruditionem”).

Al prevalecer en casi todos los países de Occidente la legislación que prohibió las fundaciones y “bienes de manos muertas”, que permitían a las Congregaciones impartir gratuitamente su enseñanza, comenzaron a cobrar honorarios por enseñar. Poco a poco esta modalidad fue atrofiando la intención original de los santos fundadores y la enseñanza cristiana se convirtió —por el sistema económico en que tuvo que montarse— en una enseñanza que marginaba a los pobres o que los atendía por añadidura, como un anexo “caritativo” para callar el remordimiento.

Poco a poco, y envuelta en el proceso capitalista, la Iglesia fue dejando resbalar la mayor y mejor parte de su enseñanza por el peligroso declive clasista.

Ya desde antes del Concilio Vaticano innumerables críticas llegaban hasta Roma contra esa escandalosa contradicción de una enseñanza “católica” y “clasista”. Muchas de esas críticas señalaban cómo el sistema estaba incluso corrompiendo a los propios educadores que daban un trato visiblemente preferencial a los privilegiados de la fortuna, estableciendo no sólo en la escuela sino en todo el ámbito de la comunidad eclesial una preferencia anti-evangélica por el rico en contraste con una dureza, falta de caridad y verdadera marginación con el pobre o con el agobiado por problemas económicos que de alguna manera no podía pagar las colegiaturas o los lujos de la enseñanza clasista.

Se citaron innumerables casos de jóvenes que perdían la fe o se hacían comunistas ateos como fruto de resentimientos por el trato discriminatorio de los colegios cristianos.

La contradicción entre el cristianismo y su educación se hizo más aguda al plantearse a fondo el “aggiornamento” de la Iglesia por obra de Juan XXIII y del Concilio Vaticano. Se comprendió entonces que la Iglesia no podía ser la “Madre de los Pobres” —como quería y decía Juan XXIII— mientras su enseñanza aparentaba ser (en sus más destacados centros) exclusiva para ricos.

Los episcopados comenzaron a manifestar su preocupación. “La situación actual de los colegios católicos constituye un obstáculo gravísimo para el apostolado de la Iglesia”, expresó la Comisión Episcopal Española ya en 1965. En casi toda Hispanoamérica se opinó lo mismo. La revista MENSAJE sintetizaba así el problema: (en Octubre de 1964):

“A pesar del servicio prestado a la comunidad, muchos ven en los colegios pagados LA educación católica, cuyo poder y riqueza les es un motivo de escándalo. Poco importa que el financiamiento de los colegios particulares sea difícil y que la Iglesia despliegue un enorme esfuerzo en la educación gratuita. El hecho está ahí: con razón o sin ella, somos ocasión de escándalo y de obstáculo para la predicación del Evangelio y una Pastoral no puede dejar de considerar este hecho”.

Pero el cuestionamiento de la educación cristiana va mucho más a fondo. No sólo se trata de la población escolar —si es pobre o rica—; no sólo de la “inversión” de la Iglesia —en personal y en preparación para preparar “una minoría insignificante seleccionada por el tamiz del dinero”—; sino que se cuestiona la educación misma: ¿Está la Iglesia contribuyendo con su educación a robustecer una sociedad “cerrada” y opresora o contribuye a la liberación del pueblo y del hombre en forma evangélica? ¿Estamos formando verdaderos cristianos o verdaderos burgueses? ¿Nuestra educación es fermento evangélico o un simple negocio educativo donde el cristianismo es una de tantas materias para la “formación moral” del alumno? En fin: ¿aceptaría Cristo, aceptarían los Apóstoles ser rectores de nuestros colegios cristianos tal como están ahora organizados e impartir el tipo de enseñanza que hoy damos?

El problema, pues, afecta de arriba a abajo toda la educación cristiana y ninguna congregación y ningún cristiano pueden eludirlo.

Ha sido, sin embargo, una congregación femenina la primera que ha tenido el valor de poner las cartas sobre la mesa en nuestro país. El gesto de La Asunción es un hermoso y ejemplar gesto de autenticidad cristiana.

Sin embargo, el problema es demasiado serio y difícil para que pueda una sola congregación o un sólo centro de enseñanza resolverlo. El problema es de y para toda la Iglesia y sólo la Iglesia unida puede darle solución. Es neces-

sario que la Iglesia nicaragüense muestre, en esta zona crítica pero fundamental de su futura pastoral, la unidad que ya ha mostrado en otros aspectos hasta convertirse en un ejemplo para el resto de América. La Iglesia digo, o sea: obispos, sacerdotes, monjas y seglares. La je-

rarquía y el pueblo cristiano. Los educadores, los padres de familia y los educandos. Todos tenemos obligación de afrontarlo unidos este urgente problema y de resolverlo en unidad, con valor, decisión y espíritu de auténticos cristianos.  
PABLO ANTONIO CUADRA